

Ezkerra), analiza las estrategias de cuasi limpieza étnica de las últimas décadas del movimiento y culmina con un agudo epílogo en el que se discute “por qué ha prendido la violencia política en Euskadi”. Los trabajos se basan en fuentes muy diversas y variadas –orales, archivísticas, publicadas...- que muestran extraordinariamente bien que se puede hacer buena historia –es decir ciencia, y no sólo periodismo, es decir información- incluso de fenómenos que a muchos lectores les parecen tan cercanos y dolorosos.

Un valor importante de esta serie de investigaciones es el hecho de que la perspectiva es más culturalista que politológica. Más allá del mero análisis de procesos y organizaciones políticas, los autores hacen un esfuerzo por mostrar la pluralidad de los movimientos sociales que fundamentaron el (los) radicalismo(s) vasco(s). Su perspectiva hace hincapié en los modelos culturales de exclusión y producción del enemigo, lo que obliga a poner el foco en los individuos que llevan a cabo las prácticas de la violencia y lo aleja de justificaciones sociales –la desestructuración de la sociedad vasca-, políticas –la transición, las represiones- y nacionalistas –la lucha por una independencia-. Los autores lo resumen con una frase final que es esencial a mi juicio para entender el libro: “todo podría haber sido diferente”. Si la violencia la terminó la decisión de los propios violentos ante la consciencia de que ya no les daba suficientes réditos políticos, ello demuestra –según Fernández Soldevilla y López Romo- que también la violencia fue iniciada por una decisión suya de aplicarla. La responsabilidad de la sangre –que se apoyó muchos años en los votos y las manifestaciones- recae pues en los propios individuos que participaban en el nacionalismo radical vasco.

En definitiva, este libro propone una mirada densa y a la vez fresca a un problema que ha definido la política española de los últimos cincuenta años. El tono del texto –pese a algunos momentos de discurso acusatorio- es claro, conciso y analítico. Una ampliación futura del proyecto –ya ensayada en el epílogo- hacia una mayor contextualización internacional e incluso una apertura a un cierto comparativismo sería una buena dirección a seguir por los autores. Se trata, para finalizar, de un libro clave para entender tanto el objeto de estudio en sí –el nacionalismo radical vasco- como lo que están haciendo hoy día jóvenes historiadores españoles que se instalan sin complejos en debates de la *academia* internacional.

José María FARALDO JARILLO  
Universidad Complutense de Madrid  
jm.faraldo@ghis.ucm.es

GÓMEZ DÍAZ-FRANZÓN, Ana: *Arquitectura del veraneo y su época en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), 1900-1950*. Sanlúcar: A.S.E.H.A 2011. 542 pp.

Fueron muchas las localidades españolas con posibilidades turísticas y muy pocas las que consiguieron consolidarse como tal. Entre ellas destaca una tan interesante como ignorada, hasta ahora, por la historiografía del veraneo: la gaditana Sanlúcar

de Barrameda. La aparición, a finales de 2011, de una primera monografía, *Arquitectura del veraneo y su época en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), 1900-1950* de Ana Gómez Díaz-Franzón actualiza esta otra dimensión de un pueblo más conocido por su enorme patrimonio histórico-artístico, pero, sobre todo, añade un título más (y muy necesario) al relato de las localidades históricas del turismo español, una historia que ha mirado mucho más hacia el norte (Gil de Arribas, Larrinaga, Roza, Álvarez Quintana...) el mediterráneo (Buades, Vives Reus, Barceló, Arcas Cubero y García Sánchez...) o, incluso, a los balnearios, tanto los litorales como los de altura (Alonso, Montserrat Zapater...)

Sin duda, Sanlúcar aparece como una excepción llena de peculiaridades y personalidad propia, difícilmente asimilable a otras. La localidad tiene una ubicación muy especial, en la desembocadura del río Guadalquivir, frente al Atlántico gaditano a una distancia razonable de Sevilla, a la que estuvo durante siglos ligada por el río y la potente Jerez, de la que dista apenas veinte kilómetros hacia el interior. La cercanía a ambas localidades ha configurado y definido la personalidad sanluqueña durante siglos, primero como apéndice en la carrera de Indias que capitalizaba Sevilla, luego como onda expansiva de la cultura vitivinícola jerezana. También el por qué de su nacimiento como centro de veraneo está ligado a ambas burguesías que fueron las que pusieron sus ojos en esta localidad que rozaba los 25.000 habitantes empezando el siglo XX y que, ya desde finales del XIX, se consolidó como el principal (y único) enclave turístico litoral del sur español.

Parece aceptado, y Gómez así lo confirma, que el punto de arranque del veraneo “social” sanluqueño estuvo determinado por su elección, a mediados del siglo XIX, como segunda residencia de los duques de Montpensier que, desde Sevilla, encontraron en esta playa, de clima suave y fina arena, su estival “Corte en el sur” con la edificación, inclusive, de un impresionante palacio, arrastrando con ellos a destacadas familias de Sevilla, Jerez e incluso Madrid. No obstante, la presencia de forasteros y aficionados a los baños de mar había empezado unas décadas antes y su playa llamó la atención del mismísimo George Borrow que describió los “gritos, risas y chillidos femeninos” de aquellas que se atrevían a bañarse, nadar o pasear por su orilla. Fue, sin embargo, la emulación de las localidades estivales del norte (haciendo del veraneo una práctica de clase) lo que transformó el veraneo en Sanlúcar que, se puede considerar, sin duda, como una más de las localidades que encontraron en el turismo y el ocio uno de los motores del cambio de funcionalidad. La importantísima industria del vino (con sus decenas de bodegas y denominación de origen propia) e, incluso el prestigio de su pescado y puerto pesquero (Bajo de Guía), no aumentaron tanto, ni fueron tan definitorias para Sanlúcar como su creciente especialización como centro de veraneo. Es precisamente esa idea que liga turismo a modernización la principal tesis de este libro que se detiene con detalle y cuidada documentación en analizar cómo el veraneo transformó el urbanismo, las infraestructuras y la arquitectura de un pueblo que pasó de ser una joya del barroco andaluz a un escaparate de modernidad y cosmopolitismo casi europeos.

El método empleado por la autora es sencillo y efectivo. La primera parte del libro hace un recorrido por la Sanlúcar de principios de siglo insistiendo en esa función modernizadora en sus décadas clave. Un panorama de su entramado demográfico,

social, político y económico da paso, en segundo lugar, a esa otra Sanlúcar emergente de nuevos medios de transporte, restaurantes, balnearios, oferta de ocio y diversión (teatros, cines, casinos, exhibiciones deportivas...) y reformas urbanas. Esta última cuestión es una de las principales aportaciones de la obra de Gómez Díaz-Franzón, junto con el catálogo, detallado y cuidadoso, de la (superviviente) arquitectura civil de veraneo (fundamentalmente casas de veraneantes y hoteles construidos en dos etapas, entre 1901-1906 y 1906-1950) que configuran esta última parte del libro. De esa manera el lector recorre, asombrado, el espacio y el tiempo de una localidad que entró en la modernidad de una forma tan súbita como paradójica.

Paradójica porque, en las tres primeras décadas del siglo, la mitad de la población sanluqueña era analfabeta, con una alarmante tasa de un 30% de niños no escolarizados, lacra ésta que no pudo corregir el esfuerzo educativo de los años republicanos. Mientras tanto, estaban surgiendo el alumbrado eléctrico, los proyectos higienistas, el telégrafo, el tranvía, las sucursales bancarias y fueron miles los veraneantes atraídos por sus encantos (unos 50.000 anuales a finales de los años veinte). Estos últimos eran los protagonistas de los verdaderos contrastes. Llegados en el ferrocarril, los barcos de vapor que bajaban desde Sevilla e, incluso, sus propios automóviles, eran los consumidores de la industria del ocio que creció espectacularmente esos años, y, sobre todo, los que forzaron la transformación del paisaje urbano sanluqueño llenándolo de hotelitos de refinada arquitectura regionalista, neomudéjar o victoriana (*Old English Style*) y renovando su apariencia (urbanización de la costa, ensanches, diseño de avenidas que vertebrasen mejor la circulación urbana y reforma del puerto pesquero) tanto que, en pocos años, quedó atrás el pueblo barroco y marítimo de los siglos XVII y XVIII.

Por cierto que, detrás de esta fiebre constructiva estuvieron la visión y ambición de empresarios sevillanos como Pedro Vives, el principal constructor (y concesionario de parcelas) de hotelitos para veraneantes, que tuvo, prácticamente el monopolio de las mismas en una primera etapa hasta 1906, cuando el ayuntamiento empezó a gestionar directamente las cesiones de terrenos a través de una Comisión de Hoteles, que capitalizó el tirón constructivo, al menos, hasta 1935. La autora sitúa el máximo nivel de construcciones en los años veinte, siendo 1915 el año más intenso, observándose, desde 1925 un lento, pero constante declive que tocó fondo con el estallido de la guerra de 1936. La posguerra marcó el final de la época dorada del veraneo sanluqueño que renacerá, muy tímidamente, en los años cincuenta con una tipología y veraneantes completamente diferentes. A pesar de ello, todavía hoy es reconocible esa primera geografía del veraneo, configurada ya desde 1901, en torno a la Avenida de Bajo de Guía y la Avenida de las Piletas (ambas nacidas como resultado de estas concesiones municipales) donde se concentraron la mayor, y mejor, arquitectura del veraneo, junto con la popularmente denominada Calzada, el paseo por excelencia de Sanlúcar, un enorme pasillo que conecta el centro con la playa y escenario, al mismo tiempo, de la vida veraniega y lúdica con sus quioscos, casetas, restaurantes, hoteles, casinos y pabellones.

Las imágenes de esa Sanlúcar no ofrecen dudas. Las viejas fotos y planos (que abundan en esta cuidada edición) del ambiente estival, las casetas, toldos y cestas de mimbre de la playa, la espaciosa y arbolada calzada que llevaba hasta la orilla, los

jardines, restaurantes y hermosísimas villas de recreo contrastan con la otra realidad pesquera, bodeguera y local (apenas mencionada) de un pueblo que evidenció, como pocos, las paradojas del desarrollo turístico en las primeras décadas del siglo. Diferencias que también se pueden llevar al terreno de la estética ya que Sanlúcar representa, probablemente, la cara más luminosa del veraneo español de esos años, con un perfil más original que las localidades del Cantábrico. Aquí el eco internacional de la industria turística (moda, arquitectura o propaganda) se tiñó de un toque meridional, regionalista, e incluso orientalizante, que, envuelto en una vegetación exuberante y una luz radiante, se distancia de nuestros otros centros litorales, más fieles al prototipo de playas frías surgido en torno al Canal de la Mancha. Este es, a mi juicio, el principal éxito del libro de Gómez Díaz-Franzón: ese recorrido visual, casi sensorial, a través de la arquitectura y la imagen (afortunadamente muy bien conservada en varios archivos locales y regionales) que reconstruye, casi con más exactitud que las estadísticas y las cifras, lo que era veranear, descansar y disfrutar en una playa a principios del siglo XX.

Ana MORENO GARRIDO  
amoga236@hotmail.com

GONZÁLEZ PORTILLA, MANUEL (Dir.): *Leioa. De la sociedad tradicional a la sociedad posindustrial (1880-2000). Industrialización, urbanización, inmigración e innovación social*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea, 2010, 553 pp.

Bajo la dirección de Manuel González Portilla esta obra dibuja un intenso recorrido histórico de algo más de un siglo por el proceso que llevó a Leioa, “anteiglesia rural de escasa población”, a convertirse primero en ciudad industrial y proletaria y más tarde en ciudad terciarizada, residencial y de clases medias. Realizado de forma conjunta por los miembros del Grupo de Investigación de Demografía Histórica e Historia Urbana de la Universidad del País Vasco, este trabajo ahonda en el conocimiento de los aspectos sociohistóricos, demográficos y urbanos del País Vasco durante la primera y la segunda industrialización, cuyos efectos terminaron por convertir a Leioa en una ciudad de base social proletaria.

La madurez alcanzada por este grupo de investigación en obras anteriores queda constatada al observar los análisis demográficos de este estudio. Nuevamente, los padrones municipales de habitantes suponen una herramienta fundamental a la hora de valorar el desarrollo demográfico y económico de Leioa, si bien los autores no dudan en mostrar una actitud crítica con esta fuente, fundamentalmente por la periodicidad y el carácter estático que evidencia al estudiar el fenómeno migratorio. Siendo un padrón de habitantes una foto fija de la población en un momento concreto, el proceso de cambio de Leioa no podría entenderse sino a través de un uso concatenado y comparado de padrones municipales de habitantes (1889, 1905, 1920, 1960 y 1970). El arsenal de datos que desprende la utilización de esos cinco cortes queda conformado